

CRITICA MUSICAL

# Grandioso Monumento Antibelicista

■ Primera audición de "Réquiem de Guerra", de Benjamín Britten, en el Teatro Municipal. Interpretación de la Orquesta Filarmonica, bajo la dirección de Juan Pablo Izquierdo.

Al celebrar sus cincuenta años de existencia, el Consejo Británico ha hecho posible, con ayuda de otras entidades, la primera audición en nuestro país del "Réquiem de Guerra", de Benjamín Britten. El público que llenaba el Teatro Municipal escuchó, en riguroso silencio, la magna obra, cuyo eclecticismo está en deuda con el canto gregoriano, Berlioz, Mahler e incluso Orff, forjándose, sin embargo, un estilo propio, a veces descarnado, y erigiendo un edificio sonoro monumental cuyos intervalos, temas y armonías guardan relaciones de solidez elocuente. El milagro de esta interpretación lo consiguieron la Orquesta Filarmonica, su jefe titular Juan Pablo Izquierdo, los cantantes Elizabeth Vaughan, Peter Knapp y Arthur Davies, el Coro Profesional de Santiago, conducido por Jorge Klastornick y los coros del Santiago College, dirigidos y preparados, respectivamente, por Eduardo Vila y Concepción Martorell.

La creación de Britten obtiene una simbiosis asombrosa de la Misa de Difuntos litúrgica con los versos de Wilfred Owen, caído bajo la metralla enemiga en 1918, a los veinticinco años. La sensibilidad de este poeta nunca aceptó que dulce et decorum est pro patria mori, frase de Horacio que él llama "la vieja mentira", negando a nación cualquiera el derecho a librar la guerra que él llegó a conocer y condenar como afrenta diabólica a la Humanidad y el Cristianismo.

Mediante la sonoridad, el compositor establece tres órbitas distintas. Dos cantantes masculinos y un grupo instrumental de cámara representan a los soldados y su realidad. La orquesta sinfónica y el gran coro mixto con solos de soprano corresponden al ambiente propio del Réquiem, simbolizando las voces de niños y el órgano un mundo aparte, de candidez e inocencia.

Sin guía adecuada no resulta fácil captar esos estratos diferentes y la significación de las estrofas en inglés. Desafortunadamente, una parte de la concurrencia se quedó en ayunas, ya que las luces demasiado débiles no permitían seguir la traducción, impresa en el costoso programa.

No obstante, la obra subyugó, aun

sin dicho asidero, gracias a los recursos desplegados, el sugerente color de la orquestación y, desde luego, la puesta en relieve por los artistas aquí reunidos. Los timbres sobrecogedores del comienzo; el mágico clima del Kyrie eleison después del ruido de batalla en la primera intervención del tenor; las jactatorias de coro y bronces del Dies irae; las proezas de voces e instrumentos y, sin duda, las sonoridades indescriptibles del trozo final, tenían que surtir efecto hasta en el oyente más despistado.

Estupendamente eficaces, los coros infantiles pusieron su toque de misericordia en la áspera tragedia, y el conjunto coral adiestrado por el magnífico maestro Klastornick supo dar perfil a las emociones de la Misa de Réquiem. El tenor Arthur Davies deslumbró por temple y volumen vocal impresionantes, al servicio de la expresión más honda; el barítono Peter Knapp sobresalió en los acentos de gravedad, tristeza y dulcedumbre, y Elizabeth Vaughan tuvo el metal dramático para salir airosa de cualquier amenaza instrumental circundante. Ella se distinguió, especialmente, en la intensidad del Lacrimosa; Davies y Knapp, en la versión tremenda de la historia de Abraham e Isaac.

Impecable el desempeño de la gran orquesta, lo mismo que aquel del conjunto de cámara capitaneado por Stefan Terc, cuyos solistas cumplieron tareas admirables, con el excepcional corno Robert Johnson a veces de sonoridad excesiva, por tener que tocar con el pabellón dirigido hacia el público. Héroe máximo de la jornada fue Juan Pablo Izquierdo, quien con seguridad absoluta manejó el completo aparato y dio vida candente al mensaje de la obra.

La culminación de ésta, donde al fin se reúne la totalidad de los elementos sonoros, constituyó también la cumbre de la entrega. Durante el clamor desesperado del Libera se nos estremeció el pensamiento que, después de otra guerra más, tal vez no quede oído humano para escuchar la advertencia de este grandioso documento antibelicista.

Federico Heinlein